

LA CONTRIBUCIÓN DEL PENSAMIENTO DE SAN JOSEMARÍA A LA REFLEXIÓN BÍBLICA

Miguel Ángel Tábet*

INTRODUCCIÓN

La exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (VD), fechada el 30 de septiembre 2010, memoria de san Jerónimo, llamó la atención de modo particular, desde su publicación, por la inesperada originalidad del párrafo intitulado «Los santos y la interpretación de la Escritura» (nn. 48 y 49). De este tema no había más que una ligera alusión en el *Instrumentum laboris* (proposición 22), texto que sirvió de base para la preparación de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, sobre cuyas conclusiones (cincuenta y cinco en total) elaboró Benedicto XVI la mencionada exhortación apostólica postsinodal. Ciertamente, el *sensus fidei* del pueblo cristiano como criterio interpretativo había sido tenido en consideración desde siempre en los tratados de hermenéutica bíblica¹; pero dos aspectos, a mi entender, emergen de modo bastante original en VD. Por una parte, la fuerza expresiva de las palabras del documento cuando asevera que «la interpretación de la Sagrada Escritura quedaría incompleta si no se estuviera también a la escucha de quienes han vivido realmente la Palabra de Dios, es decir, los

* Universidad Pontificia de la Santa Cruz.

¹ La expresión *sensus fidei* apela a la forma de conocimiento de fe precedente al conocimiento reflejo, fruto de la gracia y acción del Espíritu Santo sobre el pueblo de Dios para que «comprenda y crea»; un conocimiento que atesta toda la Iglesia en la manifestación de su fe, pero especialmente quienes viven o han vivido más cerca de Dios, como son los santos y todos aquellos que por la gracia gozan de la vida divina (cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, 12; BENEDICTO XVI, Ex. ap. *Dei Verbum*, 8).

santos»; a lo que se añade: «en efecto, *viva lectio est vita bonorum*². Así, la interpretación más profunda de la Escritura proviene precisamente de los que se han dejado plasmar por la Palabra de Dios a través de la escucha, la lectura y la meditación asidua» (n. 48). Es una viva exhortación a acudir como fuente primordial de la exégesis bíblica al fenómeno hermenéutico que procede de la vida y escritos de los santos de la Iglesia, es decir, como se deduce de las palabras del documento, de todos aquellos que se han dejado forjar por la sabiduría y los bienes divinos. Por otra parte, en la VD llama también la atención el modo en que se señala, con breves trazos, la perspectiva particular desde la que algunos santos han iluminado la Iglesia a través del texto bíblico, comenzando por san Antonio Abad y llegando hasta el beato Luís Stepinac, cardenal arzobispo de Zagreb. Como introducción del párrafo se encuentra la siguiente frase: «Ciertamente, no es una casualidad que las grandes espiritualidades que han marcado la historia de la Iglesia hayan surgido de una explícita referencia a la Escritura» (n. 48). Entre la serie de santos enumerada, Benedicto XVI incluye a san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, por lo que se refiere a su predicación sobre «la llamada universal a la santidad». La razón teológica general que da VD para fundamentar lo que podemos llamar el “criterio hermenéutico de santidad” lo expresan las siguientes palabras: «En relación con la Palabra de Dios, la santidad se inscribe así, en cierto modo, en la tradición profética, en la que la Palabra de Dios toma a su servicio la vida misma del profeta. En este sentido, la santidad en la Iglesia representa una hermenéutica de la Escritura de la que nadie puede prescindir. El Espíritu Santo, que ha inspirado a los autores sagrados, es el mismo que anima a los santos a dar la vida por el Evangelio. Acudir a su escuela es una vía segura para emprender una hermenéutica viva y eficaz de la Palabra de Dios» (n. 49).

En el contexto de este simposio, dedicado a la figura de san Josemaría, hemos querido analizar con cierto detalle, no tanto el modo en que nuestro santo comentaba la Escritura, tema sobre el que han escrito muchos otros autores³, sino su actitud de fondo, es decir, lo que

² SAN GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job* XXIV, VIII, 16: PL 76, 295.

³ Cfr. la bibliografía esencial señalada por F. VARO en su artículo *San Josemaría Escrivá, lector de la Sagrada Escritura*, «Romana», 40 (2005) 176-191, nota 3. Del mismo autor, *La*

lo convierte en cierto modo en figura paradigmática sobre el modo en que conviene acercarse al texto bíblico para percibir con más claridad el significado de las palabras inspiradas, lo que Dios nos ha querido decir a través del lenguaje humano de la Biblia.

Ciertamente, cada santo ofrece una enseñanza particular, que no anula lo que otros pueden sugerir al estudioso del texto sagrado. Son aspectos que se complementan. Por eso, somos conscientes de que la riqueza interpretativa de la vida y escritos de los que han brillado por su santidad requiere un estudio mucho más amplio de lo que aquí podamos decir. Nuestro trabajo se limita concretamente, como hemos dicho, a lo que nos puede enseñar san Josemaría, conscientes, por otra parte, de una dificultad común también al estudio de los escritos de otros santos, el hecho de que san Josemaría no hablaba o escribía con las categorías exigidas por un manual o un tratado de teología, en los que todo se desenvuelve con una gran sistemática y rígida metodología. Sus escritos transmiten una vida, una enseñanza, la de Jesús, yendo a lo esencial en su proceso de comunicación; por lo que sus palabras presentan muchas diversas perspectivas y se aúnan sólo, a mi entender, en la transmisión de su mensaje fundacional, del carisma que Dios le había otorgado para fundar el Opus Dei⁴. No extraña, por eso, que al querer encerrarlas en un artículo, aparezcan necesariamente ideas que podrían corresponder a una u otra de las divisiones en las que hemos querido esquematizar nuestra exposición. Son apartados que solo pretenden describir algunas actitudes hermenéuticas fundamentales de san Josemaría ante la Biblia, útiles a nuestro entender a cualquier lector del texto sagrado.

Sagrada Biblia en los escritos de San Josemaría Escrivá, en G. ARANDA – J.L. CABALLERO (eds.) *La Sagrada Escritura, palabra actual*, Actas del XXV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra (Pamplona, 21-23 de abril de 2004), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2005, 525-547; y *San Josemaría Escrivá, «Palabras del Nuevo Testamento, repetidas veces meditadas. Junio-1933»*, «Studia et Documenta» 1 (2007) 259-286.

⁴ A este propósito conviene tener presente lo que indica J.M^a. CASCIARO sobre la diversidad de formas correctas de leer el texto bíblico en *La "lectura" de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica» 34 (2002) 133-167; especialmente 135-140.

1. LA ESCRITURA, PALABRA VIVA DE DIOS

Tal vez lo que en primer lugar llama la atención cuando se examina el modo en que san Josemaría se acercaba al texto bíblico, es su firme convencimiento de que se encontraba ante la «Palabra de Dios escrita»; ante un mensaje, por tanto, que Dios había ofrecido a su Iglesia para que, como buena Madre, lo custodiase y lo otorgase constantemente a sus hijos –a cada uno, a cada una– y a toda persona de buena voluntad, para su bien espiritual, cualquiera que fuera el momento histórico o el lugar en el que les hubiera tocado vivir. Esto se refleja ya en su modo de tratar la Escritura, con veneración y respeto, fe y humildad, con el gozo de haber recibido un don dirigido a él de modo muy personal⁵. No veía el texto bíblico, por tanto, como un documento indistinto, genérico; un libro de estudio o un sumario de referencias para apoyar determinadas afirmaciones, en vista de lo que se podría llamar “argumento de Escritura”. El texto sagrado era para san Josemaría un escrito para hacerlo vida, oración, releýéndolo muchas veces. Como prueba de esta veneración hacia la Sagrada Escritura, a menudo introducía sus citas con alguna referencia a la acción de Dios o al Espíritu Santo, o bien acudía explícitamente a la acción del Paráclito para que lo iluminara en la comprensión, como escribe en una de sus homilías antes de comentar un pasaje bíblico: «Comencemos por pedir desde ahora al Espíritu Santo que nos prepare, para entender cada expresión y cada gesto de Jesucristo: porque queremos vivir vida sobrenatural, porque el Señor nos ha manifestado su voluntad de dársenos como alimento del alma, y porque reconocemos que sólo El tiene *palabras de vida eterna* (Jn 6,69)»⁶. Esto «no era un simple modo de decir, sino un auténtico acto de fe, que ayudaba a sopesar el valor eterno, y toda la verdad que contienen palabras a las que podemos acabar por acostumbrarnos»⁷. Era su pleno convencimiento de la inspiración bíblica, como lo reflejan también las siguientes palabras de su libro más conocido, *Camino*: «“No sólo de pan

⁵ «Una carta de Dios omnipotente a su criatura» como diría san Gregorio Magno (PL 77, 706).

⁶ *Es Cristo que pasa*, 83.

⁷ Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, 150. La entrevista fue realizada por el conocido profesor y escritor italiano Cesare Cavalleri, director editorial de *Edizioni Ares* (Milán).

vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”, dijo el Señor. –¡Pan y palabra!: Hostia y oración. Si no, no vivirás vida sobrenatural»⁸.

Ciertamente, san Josemaría era consciente de que esa dádiva divina que es la Escritura no quedaba aislada, sino que entraba en el conjunto de las maravillas que Dios había querido dejar a los hombres movido de su bondad; por tanto, inseparable de los sacramentos, manantiales de gracias, y de otros dones espirituales. Por eso escribía: «Disponemos de un tesoro infinito de ciencia: la Palabra de Dios, custodiada en la Iglesia; la gracia de Cristo, que se administra en los Sacramentos; el testimonio y el ejemplo de quienes viven rectamente junto a nosotros, y que han sabido construir con sus vidas un camino de fidelidad a Dios⁹. Su lectura del texto bíblico, por tanto, era iluminada por los más diversos reflejos en que se inserta la Palabra de Dios en el mundo y en la vida de la Iglesia, en su multiforme variedad, pudiendo extraer, al interno de la analogía de la fe, los más preciados destellos dejados por Dios en su palabra escrita.

En particular, y en conformidad con su mirada siempre atenta a los detalles (palabras, frases, gestos, reacciones de los personajes), una realidad bien insertada en la gracia fundacional, san Josemaría, sin perder la unidad del texto sagrado, veía la mano de Dios en cada una de las palabras que lo constituían. Todas eran significativas. Cada una era motivo de su oración. Ninguna la consideraba dicha como de pasada, aunque algunas, por el especial significado relacionado con el espíritu que Dios le había otorgado para que lo difundiera en medio del mundo –el espíritu del *Opus Dei*– atrajeran especialmente su atención. Es lo que sucede, por ejemplo, con expresiones como «*ut videam*» del ciego de nacimiento (*Mc 10,51*), que leyó y releyó muchas veces: «Yo no puedo dejar de recordar que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí –¡algo que yo no sabía qué era!–, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me buscaba para algo nuevo y el *Rabboni, ut videam* –Maestro, que vea– me movió a suplicar a Cristo, en una continua

⁸ *Camino*, 87.

⁹ *Es Cristo que pasa*, 34.

oración: Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla»¹⁰. Acudiendo a otra referencia bíblica, continuaba diciendo: «Rezad conmigo al Señor: *doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu Sal 142,10*), enséñame a cumplir tu Voluntad, porque Tú eres mi Dios. En una palabra, que brote de nuestros labios el afán sincero de corresponder, con deseo eficaz, a las invitaciones de nuestro Creador, procurando seguir sus designios con una fe inquebrantable, con el convencimiento de que El no puede fallar»¹¹. El uso en este último texto de un pasaje del Antiguo Testamento evidencia su clara conciencia de que toda la Escritura, en sus dos Testamentos, era Palabra de Dios, existiendo por ello entre sus partes una profunda unidad relacional¹².

Resulta lógico por todo esto que Monseñor Álvaro del Portillo, la persona que mejor conoció a san Josemaría, su sucesor al frente del Opus Dei, afirmara: «Me admiraba la facilidad con que citaba de memoria y con exactitud frases de la Sagrada Escritura. Hasta en sus conversaciones familiares traía a colación textos sagrados para mover a los presentes a una oración más honda. Vivía la palabra de Dios»¹³. Otros autores, al considerar que en los escritos de san Josemaría cada página está embebida de palabras y contenidos bíblicos, frecuentes citas escriturísticas meditadas una y otra vez, han llegado a escribir que «la Biblia fue siempre para San Josemaría el lenguaje referencial primario»¹⁴.

¹⁰ *Amigos de Dios*, 197.

¹¹ *Ibidem*, 198.

¹² Sobre el uso del Antiguo Testamento por san Josemaría, cfr. J.M^a. CASCIARO, *La "lectura" de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 156-160.

¹³ À. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, 150. En otro lugar hace notar que para el santo Fundador del Opus Dei la Biblia no fue nunca «un texto para la erudición, ni un lugar común para la cita», es decir, no se detenía en su exposición en cuestiones meramente académicas o formales. Y precisa que en las obras de san Josemaría se advierte que «cada versículo ha sido meditado muchas veces y, en esa contemplación, se han descubierto luces nuevas, aspectos que durante siglos habían permanecido velados» (*Presentación a la obra de San Josemaría Escrivá, Es Cristo que pasa*, pp. 10-11 en la primera edición de 1973).

¹⁴ S. HAHN, *Amar apasionadamente la Palabra de Dios. El uso de las Escrituras en los escritos de San Josemaría*, «Romana» 35 (2002) 376. Conviene tener presente a este propósito que desde sus estudios en el seminario san Josemaría se acercó siempre con esmero y aprovechamiento a la ciencia bíblica, obteniendo las máximas calificaciones, aunque

2. ENCONTRAR A CRISTO EN LA ESCRITURA

San Josemaría tenía la firme persuasión de que la Escritura –especialmente los Evangelios, en los que centraba su atención– estaba finalizada al conocimiento y al consiguiente amor de Cristo; que en sus páginas, Cristo mismo se daba a conocer en la realidad de su historia, de su anuncio, «desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección»¹⁵. Por eso precisaba: «Si queremos llevar hasta el Señor a los demás hombres, es necesario ir al Evangelio y contemplar el amor de Cristo. Podríamos fijarnos en las escenas cumbres de la Pasión, porque, como El mismo dijo, *nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos (Jn 15,13)*. Pero podemos considerar también el resto de su vida, su trato ordinario con quienes se cruzaron con El»¹⁶.

Palabras como estas eran una consecuencia de su experiencia personal, reflejo por otra parte de su identificación con la fe de la Iglesia, la cual no ha dejado de profesar, de un modo u otro, que «a través de todas las palabras de la sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se da a conocer en plenitud (cfr. *Hb 1,1-3*)»¹⁷. Una máxima que se hace eco de la enseñanza de san Agustín: «Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo»¹⁸.

San Josemaría buscaba y exhortaba a esa búsqueda de Cristo en la Escritura, aconsejando, como él mismo hacía, una lectura atenta, reposada, meditada, que valorase todos los elementos del texto sagrado: «Saboread aquellas escenas conmovedoras en las que el Maestro actúa con gestos divinos y humanos, o relata con giros humanos y divinos la historia sublime del perdón, la de su Amor ininterrumpido por sus

el uso sucesivo que de ella hiciera se moviera preferentemente en el terreno de la predicación. Sobre el tema cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I, Rialp, Madrid 1997³, 610-611; J.M^a. CASCIARO *La "lectura" de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 165-167.

¹⁵ *Es Cristo que pasa*, 107.

¹⁶ *Ibidem*, 107.

¹⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 102.

¹⁸ SAN AGUSTÍN, *Enarratio in Psalmum* 103, 4, 1.

hijos. Esos trasuntos del Cielo se renuevan también ahora, en la perenne actualidad del Evangelio: se palpa, se nota, cabe afirmar que se toca con las manos la protección divina»¹⁹. Y proponía un camino para lograr dicha finalidad, pasos a seguir hasta lograr la más plena identificación con Cristo: «En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos»²⁰. Y en otro lugar, de modo más sintético, escribía: «¿Quieres aprender de Cristo y tomar ejemplo de su vida? —Abre el Santo Evangelio, y escucha el diálogo de Dios con los hombres. . . , contigo»²¹, palabras con las que nuestro santo recordaba al lector la dimensión siempre actual de la Palabra de Dios, pronunciada para todos los hombres de todos los tiempos, y su constante eficacia cuando era leída en la fe de la Iglesia. San Josemaría se demostraba plenamente consciente en efecto, por una parte, de que la Biblia estaba constituida por un conjunto de documentos históricos concernientes la vida de la Iglesia, pero también, por otra parte, de que la Palabra de Dios ha sido dirigida a la Iglesia y al mundo entero en cada presente de la historia. Sobre esto volveremos.

3. ENCARNAR LA ESCRITURA EN LAS CIRCUNSTANCIAS CONCRETAS DE LA EXISTENCIA

Frases como las precedentes no eran afirmaciones meramente teóricas, sino que determinaban una precisa actitud espiritual. Convencido plenamente de que la Escritura es la Palabra de Dios que nos habla de Cristo, «camino, verdad, y vida» sin el cual «nadie viene al Padre» (Jn 14,6), san Josemaría acudía constantemente al texto sagrado para conocer mejor –y hacer conocer– a Dios en su misterio trinitario, a Jesús con el que todo cristiano tiene que identificarse, y el designio divino salvador universal. En este sentido, a mi entender, insistía particular-

¹⁹ *Amigos de Dios*, 216.

²⁰ *Ibidem*, 300.

²¹ *Forja*, 322.

mente en dos aspectos para que la lectura fuera fructuosa, alcanzando su verdadero objetivo: que lo que se leyera debía transformarse en vida propia, y que hasta la última expresión evangélica era vital, por ser toda la Escritura palabra divina encarnada en un lenguaje humano. Por eso aconsejaba que «al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra –obras y dichos de Cristo– no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia. –El Señor nos ha llamado a los católicos para que le sigamos de cerca y, en ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida. Aprenderás a preguntar tú también, como el Apóstol, lleno de amor: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?...” –¡La Voluntad de Dios!, oyes en tu alma de modo terminante. Pues, toma el Evangelio a diario, y léelo y vívelo como norma concreta. –Así han procedido los santos»²². La lectura del texto bíblico para san Josemaría iba por tanto encaminada a la identificación con Cristo, hasta lograr vivir su vida. Estaba convencido de que toda la Escritura nos habla de Cristo y nos lleva a Él²³.

Por esto mismo, en su lectura del texto bíblico no faltaba el deseo de encontrar las expresiones más precisa con las que conocer y tratar más a Jesús. Se puede afirmar que rastreaba el texto bíblico hasta alcanzar aquella enseñanza que trasformara su vida: «Muchas veces he ido a buscar la definición, la biografía de Jesús en la Escritura. La encontré leyendo que, con dos palabras, la hace el Espíritu Santo: *Pertransiit benefaciendo* (Hch 10,38). Todos los días de Jesucristo en la tierra, desde su nacimiento hasta su muerte, fueron así: *pertransiit benefaciendo*, los llenó haciendo el bien. Y en otro lugar recoge la Escritura: *bene omnia fecit* (Mc 7,37): todo lo acabó bien, terminó todas las cosas bien, no hizo más que el bien»²⁴. Otras veces, la atenta percepción del texto bíblico que leía, tal vez recitando el Breviario, haciendo un rato de lectura espiritual o leyendo los Evangelios, era lo que le ofrecía la ocasión de descubrir un

²² *Ibidem*, 754.

²³ Se trata por tanto de una lectura profundamente cristológica, hecha con la clara conciencia de que «a través de todas las palabras de la sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se da a conocer en plenitud (cfr. *Hb* 1,1-3)» (CCC 102).

²⁴ *Es Cristo que pasa*, 16.

nuevo aspecto que animara su vida espiritual: «*Qui habitat in adiutorio Altissimi, in protectione Dei coeli commorabitur (Sal 90,1)*, habitar bajo la protección de Dios, vivir con Dios: ésta es la arriesgada seguridad del cristiano. Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón»²⁵.

4. «COMO UN PERSONAJE MÁS»²⁶: JUNTO A CRISTO PARA IDENTIFICARNOS CON ÉL

Para lograr la plena actualización del texto bíblico²⁷ –la identificación con Cristo–, san Josemaría establecía un criterio hermenéutico de alto valor existencial, que expresaba del siguiente modo: «No se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta en los pliegues del alma y del espíritu, hasta el fondo del alma y nos transformarán. Porque *la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que espada de dos filos, y se introduce hasta en las*

²⁵ *Ibidem*, 58.

²⁶ Sobre este tema, cfr. especialmente, J.M³. Casciaro, *La "lectura" de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 140-150.

²⁷ En la exégesis más reciente, la actualización del texto bíblico es un tema del que se ha tomado especial conciencia. Basta leer las siguientes palabras del documento de la Pontificia Comisión Bíblica del 1993, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, en su introducción a la IV parte: «La Iglesia, en efecto, no considera la Biblia simplemente como un conjunto de documentos históricos concernientes a sus orígenes. Ella la acoge como Palabra de Dios que dirige a ella y al mundo entero, en el tiempo presente. Esta convicción de fe tiene como consecuencia la práctica de la actualización y de la inculturación del mensaje bíblico, así como los diversos modos de utilización de los textos inspirados, en la liturgia, la *Lectio divina*, el ministerio pastoral, y el movimiento ecuménico» (traducción española de EB 1504: «La Chiesa, infatti, non considera la Bibbia semplicemente un insieme di documenti storici concernenti le sue origini; l'accoglie come Parola di Dio che si rivolge ad essa, e al mondo intero nel tempo presente. Questa convinzione di fede ha come conseguenza uno sforzo di attualizzazione e di inculturazione del messaggio biblico, come pure l'elaborazione di diversi modi di uso di testi ispirati, nella liturgia, nella *lectio divina*, nel ministero pastorale e nel movimento ecumenico»).

junturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hb 4,12)»²⁸.

Dentro de los muchos modos de leer la Escritura, para san Josemaría se trataba concretamente de «entrar»²⁹ en ella como un «personaje más», «bebiendo las palabras del maestro», como María, la hermana de Lázaro, que «en aparente inactividad, ora y ama. –Después, acompaña a Jesús en sus predicaciones por ciudades y aldeas»³⁰. De ahí que leyera y aconsejara leer la Escritura en un diálogo sincero con Jesús, tratándole como hicieran quienes le rodeaban, con sencillez y sinceridad, escuchando sus palabras e interviniendo en la conversación: «Yo te aconsejo que, en tu oración, intervengas en los pasajes del Evangelio, como un personaje más. Primero te imaginas la escena o el misterio, que te servirá para recogerte y meditar. Después aplicas el entendimiento, para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre. Luego cuéntale lo que a ti en estas cosas te suele suceder, lo que te pasa, lo que te está ocurriendo. Permanece atento, porque quizá El querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvencciones»³¹. Y en otro lugar: «Mezclaos con frecuencia entre los personajes del Nuevo Testamento. Saboread aquellas escenas conmovedoras en las que el Maestro actúa con gestos divinos y humanos, o relata con giros humanos y divinos la historia sublime del perdón, la de su Amor ininterrumpido por sus hijos. Esos trasuntos del Cielo se renuevan también ahora, en la perenne actualidad del Evangelio: se palpa, se nota, cabe afirmar que se toca con las manos la protección divina; un amparo que gana en vigor, cuando vamos adelante a pesar de los traspies, cuando comenzamos y recomenzamos, que esto es la vida interior, vivida con la esperanza en Dios»³².

²⁸ *Es Cristo que pasa*, 107.

²⁹ Sobre esta expresión, cfr. S. GARÓFALO, que señalaba: «Mons. Escrivá “entra” y “hace entrar” en el Evangelio, que adquiere así su necesaria y convincente dimensión formativa, al mismo tiempo que introduce al misterio de Cristo y a la comunión con Él». Cita tomada de C. FABRO – S. GARÓFALO – M^A. A. RASCHINI (eds.), *Santos en el mundo: estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 1993, 142 (orig. it. Ares, Milano 1992; versión esp. de Á. d’Ors).

³⁰ *Camino*, 89.

³¹ *Amigos de Dios*, 253.

³² *Ibidem*, 216.

Esto era lo que san Josemaría vivía y enseñaba, procurando seguir paso a paso la vida de Cristo, considerando importantes todos los momentos de la vida de Jesús, «desde su nacimiento en Belén, cuando envuelto en pañales estaba sobre la paja de un pesebre. Y cuando todavía es Niño y no dice nada, verlo como Doctor, como Maestro»³³. De modo particular, probablemente por el carisma fundacional que le llevaba a predicar la llamada universal a la santidad en las circunstancias normales de la vida, san Josemaría sacaba lección de esos casi treinta años de vida oculta de Jesús en Nazaret, de los que decía que «como cualquier otro suceso de su vida, no deberíamos jamás contemplar esos años ocultos de Jesús sin sentirnos afectados, sin reconocerlos como lo que son: llamadas que nos dirige el Señor, para que salgamos de nuestro egoísmo, de nuestra comodidad»³⁴. Pero sin descuidar los años de vida pública, cuando llamaba a los apóstoles: «También a nosotros nos llama, y nos pregunta, como a Santiago y a Juan: *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* (Mt 20,22): ¿Estáis dispuestos a beber el cáliz –este cáliz de la entrega completa al cumplimiento de la voluntad del Padre– que yo voy a beber? *Possumus!* (Mt 20,22) ¡Sí, estamos dispuestos!, es la respuesta de Juan y de Santiago. Vosotros y yo, ¿estamos seriamente dispuestos a cumplir, en todo, la voluntad de nuestro Padre Dios? ¿Hemos dado al Señor nuestro corazón entero, o seguimos apegados a nosotros mismos, a nuestros intereses, a nuestra comodidad, a nuestro amor propio? ¿Hay algo que no responde a nuestra condición de cristianos, y que hace que no queramos purificarnos? Hoy se nos presenta la ocasión de rectificar»³⁵. En definitiva, se trataba de leer los textos bíblicos por entero, meditando cada detalle para conocerlos cada vez mejor, buscando entrar en particular en las escenas evangélicas hasta lograr la total amistad e identificación con Cristo: «No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Ga 2,20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con

³³ *Es Cristo que pasa*, 14.

³⁴ *Ibidem*, 15.

³⁵ *Ibidem*.

la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas»³⁶.

5. CABEZA Y CORAZÓN (RAZÓN Y FE) EN LA LECTURA DE LOS TEXTOS BÍBLICOS

Otro principio de lectura de los textos bíblicos que utilizaba san Josemaría era la relectura en el contexto narrativo en el que los hechos se habían realizado, completando la narración con la perspectiva divino-humana del ordinario acontecer histórico. Era, en definitiva, la plena conciencia de que Dios, que bien puede hacer milagros cómo y cuándo quiere, ajusta habitualmente su acción al sucederse de los eventos, por lo que la santidad transcurre en general por los senderos normales de la vida.

Cuando por ejemplo habla del nacimiento de Jesús, momento de grandeza singular porque «es la inauguración de la plenitud de los tiempos (cfr. *Ga* 4,4), el momento escogido por Dios para manifestar por entero su amor a los hombres, entregándonos a su propio Hijo», señala como «esa voluntad divina se cumple en medio de las circunstancias más normales y ordinarias: una mujer que da a luz, una familia, una casa. La Omnipotencia divina, el esplendor de Dios, pasan a través de lo humano, se unen a lo humano. Desde entonces los cristianos sabemos que, con la gracia del Señor, podemos y debemos santificar todas las realidades limpias de nuestra vida. No hay situación terrena, por pequeña y corriente que parezca, que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo y etapa de nuestro caminar hacia el Reino de los cielos»³⁷.

En otra ocasión, hablando de san José, del que no tenemos casi datos en la Escritura, san Josemaría relee los pasajes bíblicos poniendo por contexto lo que era lógico que hiciera un alma santa que vivía del todo entregada a la voluntad de Dios: «En las diversas circunstancias de su vida, el Patriarca no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad. Al contrario: coloca al servicio de la fe toda su experiencia

³⁶ *Ibidem*, 58.

³⁷ *Ibidem*, 22.

humana. Cuando vuelve de Egipto *oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá (Mt 2,22)*. Ha aprendido a moverse dentro del plan divino y, como confirmación de que efectivamente Dios quiere eso que él entrevé, recibe la indicación de retirarse a Galilea. Así fue la fe de San José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz a la voluntad de Dios, en una obediencia inteligente. Y, con la fe, la caridad, el amor [. . .]. Fe y amor en la esperanza de la gran misión que Dios, sirviéndose también de él –un carpintero de Galilea–, estaba iniciando en el mundo: le redención de los hombres»³⁸.

Y respecto a María Santísima, san Josemaría ponía en su lectura de los textos sagrados todo el esfuerzo para descubrir, a través de la narración, la grandeza de la vocación divina de María, realizada precisamente en medio de las cosas normales de la vida: «No olvidemos que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios! [. . .]. Porque eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido. María, Nuestra Madre, es para nosotros ejemplo y camino. Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos»³⁹.

Gracias a esta lectura hecha con la cabeza y el corazón –sabiduría humano-divina, aunque también interviene aquí la llamada específica recibida de Dios–, san Josemaría extraía muchas lecciones de lo que podríamos llamar “silencios de la Escritura”. El mismo silencio para él era elocuente. Si tantas cosas no entraban en las narraciones era porque

³⁸ *Ibidem*, 42.

³⁹ *Ibidem*, 148.

Dios las había dejado a la consideración meditada del hombre de fe, que sabe discurrir con visión sobrenatural sobre los acontecimientos ordinarios de la existencia, siempre conducidos por la providencia de Dios y la respuesta humana: «Toda la vida del Señor me enamora. Tengo, además una debilidad particular por sus treinta años de existencia oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo –largo–, del que apenas se habla en el Evangelio, aparece desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad. Y, sin embargo, siempre he sostenido que ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente –como la nuestra, si queremos–, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre todo lo cumplió a la perfección»⁴⁰. Conviene señalar, para concluir este apartado, que la lectura con la cabeza y el corazón supone en definitiva leer el texto sabiendo poner las preguntas adecuadas en función de lo que debe ser una vida cristiana llevada de modo cabal.

6. EN LA TRADICIÓN DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

Se ha señalado muchas veces que san Josemaría se sitúa en la tradición viva de la Iglesia, no solo por su fe viva y su conocimiento del magisterio eclesial, sino también gracias a su bagaje teológico formado por el gran conocimiento de los Padres y Doctores de la Iglesia, a los que alude de modo natural en sus escritos⁴¹. Monseñor Del Portillo subrayaba concretamente que el fundador del Opus Dei «dio pruebas constantes de un respeto extraordinario hacia la Sagrada Escritura que, junto con la Tradición de la Iglesia, es la fuente de la que se nutría ininterrumpidamente para su oración personal y para su predicación»⁴².

⁴⁰ *Amigos de Dios*, 56.

⁴¹ Cfr. C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, en C. FABRO – S. GARÓFALO – M^a.A. RASCHINI (ed.), *Santos en el mundo: estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá*, 23-135; D. RAMOS-LISSÓN, *El uso de los ‘loci’ patrísticos en las Homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Anuario de Historia de la Iglesia» 2 (1993) 17-28; J.M^a. CASCIARO, *La “lectura” de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 160-165.

⁴² Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, 147-148.

En sus obras, san Josemaría cita frecuentemente a los antiguos santos forjadores de la tradición eclesial⁴³ y, entre los Doctores de la Iglesia, especialmente a san Bernardo, santo Tomás, san Buenaventura, Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. No es mi intención hacer un cuadro estadístico al respecto. Basta hojear los índices de sus obras. Hago solo alguna señalación ilustrativa. Al comentar, por ejemplo, la firmeza de fe de san José para llevar a cabo el designio divino sobre él, mons. Escrivá indica como en muchas ocasiones los Padres de la Iglesia y los autores espirituales resaltan este hecho, y cita un famoso texto de san Juan Crisóstomo, el cual, refiriéndose a las palabras del Ángel que ordena a José a huir de Herodes y refugiarse en Egipto (cfr. *Mt* 2,13), comenta que san José «no se escandalizó ni dijo: eso parece un enigma [. . .]. José no discurre de este modo, porque es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el Ángel lo había dejado indeterminado, puesto que le había dicho: está allí –en Egipto– hasta que yo te diga. Sin embargo, no por eso se crea dificultades, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas alegremente»⁴⁴.

Y en otro lugar, hablando de la virtud de la obediencia, acude a san Agustín, al que cita muy frecuentemente: «No nos oculta el Señor que esa obediencia rendida a la voluntad de Dios exige renuncia y entrega, porque el Amor no pide derechos: quiere servir. Él ha recorrido primero el camino. Jesús, ¿cómo obedeciste tú? *Usque ad mortem, mortem autem crucis* (*Flp* 2,8), hasta la muerte y muerte de la cruz. Hay que salir de uno mismo, *complicarse la vida*, perderla por amor de Dios y de las almas. *He aquí que tú querías vivir, y no querías que nada te sucediera; pero Dios quiso otra cosa. Existen dos voluntades: tu voluntad debe ser corregida, para identificarse con la voluntad de Dios; y no la de Dios torcida, para acomodarse a la tuya*⁴⁵. Yo he visto con gozo a muchas almas que se han jugado la vida –como tú, Señor, *usque ad mortem*–, al cumplir lo que la voluntad de Dios

⁴³ En sus dos volúmenes de homilias son citados frecuentemente, entre otros, san Ignacio de Antioquia, san Cirilo de Alejandría, san Cipriano, san Atanasio, san Ambrosio, san Agustín, san Jerónimo, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio de Nisa, Gregorio Magno, san Juan Damasceno, como también Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano y Casiano. En total aparecen, si los cálculos son exactos, unas 109 citas.

⁴⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum homiliae*, 8, 3 (PG 57, 85): texto citado en *Es Cristo que pasa*, 42.

⁴⁵ SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in psalmos*, 31, 2, 26 (PL 36, 274).

les pedía: han dedicado su afanes y su trabajo profesional al servicio de la Iglesia, por el bien de todos los hombres»⁴⁶.

Por esto señalaba don Álvaro del Portillo que «no sorprende, por eso, la coincidencia de los comentarios de Mons. Escrivá de Balaguer con esos otros, hechos hace más de quince siglos, por los primeros escritores cristianos. Las citas de los Padres de la Iglesia aparecen entonces engarzadas con naturalidad en el texto de las Homilías, en sintonía de fidelidad a la Tradición de la Iglesia»⁴⁷.

7. UNIÓN DE ESCRITURA, TEOLOGÍA, LITURGIA Y ANHELO APOSTÓLICO

Autores como el norteamericano S. Hahn⁴⁸ han observado que «los encuentros más profundos de san Josemaría con la Sagrada Escritura no tuvieron lugar en su estudio ni en su predicación oral, sino en la liturgia», especialmente en la Santa Misa, que era para san Josemaría, como él mismo decía, «centro y raíz» de la vida interior⁴⁹. Este estudioso señala además que las homilías de san Josemaría, llenas de citas y alusiones a ambos Testamentos, están siempre enfocadas al tiempo litúrgico, y especialmente inmersas en las lecturas del día. Y precisa que, a semejanza de los Padres de la Iglesia, san Josemaría veía en la Misa un momento de particular gracia para entender la Palabra de Dios, pues como afirmaba, «la Palabra de la Escritura, la Epístola y el Evangelio, [son] luces del Paráclito, que habla con voces humanas para que nuestra inteligencia sepa y contemple, para que la voluntad se robustezca y la acción se cumpla»⁵⁰.

Más ampliamente tal vez se puede afirmar que san Josemaría aparece como un maestro de la lectura de la Escritura en su vinculación al universo de actitudes sapienciales y espirituales cristianas, es decir, en su relación con el saber teológico-sapiencial y orientada a la vida espiritual

⁴⁶ *Es Cristo que pasa*, 19.

⁴⁷ Á. DEL PORTILLO, *Presentación a la obra de san Josemaría Escrivá, Es Cristo que pasa*, p. 13.

⁴⁸ Cfr S. HAHN, *Amar apasionadamente la Palabra de Dios. El uso de las Escrituras en los escritos de San Josemaría*, «Romana», 35 (2002), 376-385.

⁴⁹ J.M^a. CASCIARO señala que en los dos volúmenes de homilías de san Josemaría se encuentran 25 referencias explícitas de textos litúrgicos; de ellas 21 distintas.

⁵⁰ *Es Cristo que pasa*, 89.

de todo hombre. Si por una parte este hecho se puede considerar de algún modo compartido por otros grandes santos de la historia de la Iglesia, en el caso de san Josemaría considero necesario destacar dos aspectos. Uno, la dimensión claramente teológico-pastoral –apostólica– de su predicación. Toda ella iba encaminada a estimular en el cristiano una vida de fe, una fe encarnada en la existencia ordinaria y que se difundiera en bien de los demás; sin que cupiera en sus exhortaciones, por tanto, espacios meramente teoréticos o retóricos. Era esto en parte lo que él designaba como «unidad de vida», una realidad que vivió ante todo en primera persona: «Ya veis que el dilema es antiguo, como clara e inequívoca es la respuesta del Maestro. No hay –no existe– una contraposición entre el servicio a Dios y el servicio a los hombres; entre el ejercicio de nuestros deberes y derechos cívicos, y los religiosos; entre el empeño por construir y mejorar la ciudad temporal, y el convencimiento de que pasamos por este mundo como camino que nos lleva a la patria celeste. También aquí se manifiesta esa unidad de vida que –no me cansaré de repetirlo– es una condición esencial, para los que intentan santificarse en medio de las circunstancias ordinarias de su trabajo, de sus relaciones familiares y sociales. Jesús no admite esa división: *ninguno puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo (Mt 6,24)*. La elección exclusiva que de Dios hace un cristiano, cuando responde con plenitud a su llamada, le empuja a dirigir todo al Señor y, al mismo tiempo, a dar también al prójimo todo lo que en justicia le corresponde»⁵¹.

Por otra parte, y en sintonía con lo anteriormente dicho, toda su exhortación recibía una orientación original gracias al carisma fundacional, orientado a promover una «espiritual laical», que llevaba, como explicaba mons. Garófalo recurriendo a unas consideraciones del entonces cardinal de Venecia que subió al trono pontifical como Juan Pablo I, a «materializar», en sentido positivo, la santificación: era el mismo trabajo material, la vida ordinaria, que debía ser transformada en oración⁵². Pero esto requiere una sección aparte.

⁵¹ *Amigos de Dios*, 165.

⁵² Cfr. S. GARÓFALO, en C. FABRO – S. GARÓFALO – M^A.A. RASCHINI (eds.), *Santos en el mundo: estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá*, 152-153. El artículo de A. Luciani, titulado *Cercando Dio nel lavoro quotidiano*, «Il Gazzettino di Venezia» 25 de julio de 1978, fue escrito un mes antes de su elevación al Pontificado.

8. UNA NUEVA INTELIGIBILIDAD DEL TEXTO BÍBLICO

Al principio de este artículo citábamos unas palabras de Benedicto XVI que señalaban como «no es una casualidad que las grandes espiritualidades que han marcado la historia de la Iglesia hayan surgido de una explícita referencia a la Escritura», y añadía, «[pienso, por ejemplo] en san Josemaría Escrivá y su predicación sobre la llamada universal a la santidad». Ciertamente, por la vocación específica recibida, san Josemaría tuvo una especial capacidad para dilucidar en los textos bíblicos dimensiones que no habían sido del todo puestas de manifiesto en la larga tradición eclesial. En estas últimas líneas queremos resaltar este aspecto, que lo constituyen en un punto de referencia del todo especial.

Desde que se convirtió por vocación divina en mensajero de un anuncio divino determinado, la «llamada universal de la santidad», en el lejano 2 de octubre de 1928, san Josemaría puso de manifiesto en la lectura de la Biblia aspectos luminosos que hasta entonces había pasado ocultos y que venían a abrir horizontes a muchos cristianos. a todos aquellos –la mayoría– a quienes Dios llama a santificar las realidades ordinarias de la vida. Leamos por ejemplo su comentario a Gn 2,15, donde encontramos la frase: «El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén para que lo trabajara [*ut operaretur*] y lo guardara»; una frase muchas veces examinada por los más variados biblistas, pero cuyo comentario hecho por san Josemaría descubre de modo inusitado una nueva dimensión que había pasado en gran parte desapercibida, el valor de las realidades terrenas y del trabajo humano como camino de santidad: «Desde el comienzo de su creación, el hombre –no me lo invento yo– ha tenido que trabajar. Basta abrir la Sagrada Biblia por las primeras páginas, y allí se lee que –antes de que entrara el pecado en la humanidad y, como consecuencia de esa ofensa, la muerte y las penalidades y miserias (cfr. *Rm 5,12*)– Dios formó a Adán con el barro de la tierra, y creó para él y para su descendencia este mundo tan hermoso, *ut operaretur et custodiret illum* (*Gn 2,15*) con el fin de que lo trabajara y lo custodiase. Hemos de convencernos, por lo tanto, de que el trabajo es una estupenda realidad, que se nos impone como una ley inexorable a la que todos, de una manera o de otra, estamos sometidos,

aunque algunos pretendan eximirse. Aprendedlo bien: esta obligación no ha surgido como una secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos. Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos *frutos para la vida eterna* (Jn 4,36): *el hombre nace para trabajar, como las aves para volar* (Jb 5,7). Me diréis que han pasado muchos siglos y muy pocos piensan de este modo; que la mayoría, si acaso, se afana por motivos bien diversos: unos, por dinero; otros, por mantener una familia; otros, por conseguir una cierta posición social, por desarrollar sus capacidades, por satisfacer sus desordenadas pasiones, por contribuir al progreso social. Y, en general, se enfrentan con sus ocupaciones como con una necesidad de la que no pueden evadirse. Frente a esa visión chata, egoísta, rastrera, tú y yo hemos de recordarnos y de recordar a los demás que somos hijos de Dios, a los que, como a aquellos personajes de la parábola evangélica, nuestro Padre nos ha dirigido idéntica invitación: *hijo, ve a trabajar a mi viña* (Mt 21,28). Os aseguro que, si nos empeñamos diariamente en considerar así nuestras obligaciones personales, como un requerimiento divino, aprenderemos a terminar la tarea con la mayor perfección humana y sobrenatural de que seamos capaces. Quizá en alguna ocasión nos rebelemos –como el hijo mayor que respondió: *no quiero* (Mt 21,29)–, pero sabremos reaccionar, arrepentidos, y nos dedicaremos con mayor esfuerzo al cumplimiento del deber»⁵³.

Sobre esta misma perspectiva, se puede indicar que muchas palabras y textos bíblicos adquirieron en san Josemaría un relieve novedoso, que no había sido detectado precedentemente en todo su alcance, dando vida a una nueva forma de percepción bíblica. Esto ocurre a mi entender continuamente en su lectura de los pasajes evangélicos, a veces de un modo del todo inusitado, como ocurre, por ejemplo, con expresiones como *Abba! Pater!* (Ga 4,6), que dieron lugar a un modo de comprender la filiación divina más profundo, no solo en orden personal, sino también institucional, es decir, como fundamento de vida para los que le han seguido por el camino vocacional por él trazado⁵⁴; o bien el texto joánico

⁵³ *Amigos de Dios*, 57.

⁵⁴ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid, 2000, 389-390.

et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum (Jn 12,32), que confirmó a san Josemaría, dándole nuevas luces, sobre su misión de anunciar a todo el mundo, hombres y mujeres, que Dios quería que Cristo fuera colocado «sobre el pináculo de toda actividad humana [. . .], atrayendo a Sí todas las cosas»⁵⁵.

Quisiera concluir citando unas palabras de quien sin duda, como ya hemos señalado, comprendió del mejor modo posible la ejemplaridad del acceso de san Josemaría al texto bíblico: «El Padre meditó asiduamente los versículos del Nuevo Testamento y puso de relieve aspectos nuevos, a veces inadvertidos durante siglos. No consideraba la Sagrada Escritura como un depósito inerte, sino como instrumento vital del que el Señor se sirve para infundir vida sobrenatural a quienes la leen con humildad y deseos de aprender. Lo comprobé desde que le conocí, pero sobre todo tras mi ordenación sacerdotal, en 1944, comprendí plenamente la profundidad con la que había meditado la Palabra de Dios. Una prueba elocuente es la originalidad de sus comentarios a los textos sagrados: resultan siempre particularmente incisivos e inmediatos; no son conclusiones prácticas derivadas de una reflexión sobre el texto sagrado con el fin de introducirlas luego en una espiritualidad prefabricada, ni simples ejemplificaciones que ilustran conceptos de un sistema de pensamiento predefinido. Nuestro Padre deja que el Evangelio hable directamente con toda su fuerza; su espiritualidad es la vida de Cristo y de los primeros cristianos, que expresan su perenne actualidad sin necesidad de adaptación, glosa o añadido»⁵⁶.

⁵⁵ Sobre este texto, cfr. el amplio y detallado estudio de P. RODRÍGUEZ, «*Omnia traham ad meipsum*». *El Sentido de Jn 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, «Romana» 13 (1991) 331-352. Reproducido en «Romana. Estudios» 1985-1996, Madrid 1997, 249-275; ID., *La "exaltación" de Cristo en la Cruz. Juan 12,32 en la experiencia espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en G. ARANDA – C. BASEVI – J. CHAPA (eds.), *Biblia, Exégesis y Cultura. Estudios en honor del Prof. D. Jose María Casciari*, Eunsa, Pamplona 1994, 573-601.

⁵⁶ Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, 148-149.